

CHILE:

DECLARACION EPISCOPAL

SOBRE LA SITUACION ACTUAL DEL PAIS

Nuestro país está viviendo en estos días un clima de intranquilidad e inseguridad políticas. Unos denuncian maniobras destinadas a alterar nuestra convivencia democrática, otros halagan o alientan la intervención de las Fuerzas Armadas en la vida política de la nación. Algunos manifiestan apatía o desinterés frente a los acontecimientos, y no pocos, desilusionados por las limitaciones del sistema democrático, parecen poner su esperanza en las soluciones de "fuerza", imaginando que un cambio de régimen traerá de un modo mágico el bienestar y la tranquilidad que anhelan.

¿Por qué hablamos?

Ante esta situación, los Obispos de Chile creemos nuestro deber decir una palabra que invite a los chilenos a reflexionar. Muchas veces ha sido criticada la Iglesia, especialmente en nuestro continente, por no haber hablado a tiempo sobre hechos que atentaban contra la dignidad del hombre y su derecho a expresarse y vivir libremente. Su silencio ha sido interpretado como un apoyo a esos hechos o como prescindencia frente a problemas relacionados íntimamente con valores humanos y espirituales. El desarrollo de los acontecimientos en algunas partes de Latinoamérica ha venido posteriormente a demostrar que con la supresión de la convivencia democrática se iniciaba también una cadena de actos atentatorios contra la libertad y la conciencia de los ciudadanos en beneficio de pequeños grupos, militares o civiles, políticos o antipolíticos, que pretenden decidir por el pueblo.

La experiencia triste de muchos países nos recuerda que, tarde o temprano, la Iglesia, en defensa de estos mismos valores, se ha encontrado enfrentada a regímenes de fuerza. Estos regímenes terminaron por cometer las mayores injusticias para mantenerse en el poder. Nuestra palabra hoy quisiera ser un elemento de reflexión para prevenir situaciones que traerían consigo inútiles e injustificados sufrimientos.

De ningún modo deseamos entrometernos en la política partidista de nuestro país. Tampoco estamos defendiendo aquí o atacando una determinada poli-

tica o un determinado gobierno. Esto no corresponde a nuestra misión. Más de una vez hemos insistido en la libertad del cristiano para optar por diversas alternativas políticas que busquen la realización del bien común en el respeto del hombre y de sus derechos. Pero creemos que la supresión del sistema democrático, sea por partidos políticos, por grupos terroristas o por las fuerzas armadas traería tales daños a la nación, a las instituciones y organizaciones nacidas de la voluntad libre de los chilenos, que nos parece indispensable recordar ahora el valor profundamente humano de la convivencia democrática.

La participación en la vida nacional

Hoy se respira en todos los pueblos y en los diversos sectores sociales una inquietud creciente por **participar** en la vida social, cultural y política de la nación, por emitir sus opiniones e influir en las decisiones que les afecten. En la misma Iglesia católica se advierte este deseo. Hay una creciente participación de todos sus miembros en la vida de la comunidad.

Creemos que esta inquietud corresponde a una evolución positiva para la convivencia social y para el desarrollo integral del hombre. Por esto mismo el Concilio Vaticano II proclama la exigencia de participación de todos los miembros de la sociedad política en la toma de decisiones. Esta es la única garantía de libertad y de respeto para el hombre. "Es conforme a la naturaleza humana la participación de los ciudadanos en el gobierno de la cosa pública". (*Gaudium et Spes*, n. 75)

Creemos que los vicios y limitaciones actuales se manifiestan en la falta de participación real de amplios sectores en la vida nacional. Si una parte numerosa de nuestro pueblo no puede hacer oír su voz ni logra organizarse, ¿no es precisamente porque nuestra democracia no es todavía suficientemente participada y real? Si muchos chilenos carecen de habitación, de alimentos suficientes, de posibilidades de trabajo, ¿no se debe a la marginación en la que han quedado? Si nuestra democracia es débil aún y a veces sólo formal, ¿no es precisamente porque la justicia, el bienestar y la educación son todavía patrimonio de grupos minoritarios?

La democracia real se define como participación amplia del pueblo en las tareas y los bienes de la nación. ¿Cómo puede un grupo, sea cual fuere, arrogarse por sí y ante sí la representación del pueblo? ¿En qué basaría este grupo su autoridad frente al país? ¿Con qué argumentos podría legitimar su intervención?

La autoridad política proviene del pueblo que elige sus representantes. Este mismo pueblo, al constituirse en nación, ha dado a nuestras instituciones armadas los medios necesarios para la defensa del país y del sistema de vida política que ha elegido. Por esto sería inadmisibles que un grupo dentro de nuestras fuerzas armadas, o sectores ajenos a ellas, pretendieran desviarlas de su verdadera misión, imponiendo al país sin que éste pueda pronunciarse, un nuevo régimen político.

Nuestras Fuerzas Armadas han sido, por una larga tradición, ejemplares en el cumplimiento de los fines que la nación les ha señalado. El respeto de que gozan en nuestro país está basado en el fiel cumplimiento de su misión. Ellas sufren hoy, como tantas instituciones llenas de vitalidad, las mismas inquietudes por encontrar la forma más apta para participar en la vida nacional, integrarse en la tarea de construir una nación próspera y elevar nuestro nivel de vida.

Sin embargo, las instituciones militares están llamadas a integrarse en el esfuerzo común de la nación, sin definir ellas el bien común, ni convertirse en organismo político de decisión, con lo que limitarían la posibilidad de expresión y de participación del pueblo.

Lo mismo debemos decir de aquellos grupos políticos minoritarios, que en vez de dar a conocer al pueblo la doctrina que sustentan, dándole la posibilidad de aceptarla libremente, se esfuerzan por imponerle sus puntos de vista por la fuerza o por el terror, resucitando así un paternalismo ya superado.

Conclusión

En declaraciones anteriores hemos hecho notar el largo camino que nos queda aún por recorrer para satisfacer las aspiraciones más legítimas de los chilenos. Estamos todavía distantes de una sociedad plenamente justa, libre y democrática. Pero creemos sinceramente que un cambio de régimen basado en la fuerza de grupos minoritarios sólo traería nuevos males para el país. Nuestro pueblo seguiría esperando el día en que pudiese expresarse y satisfacer sus verdaderos anhelos.

Cuando se desata el dinamismo de la fuerza nadie puede asegurar su control final. La imposición de una política por el terror, por la dictadura o por las armas, trae consigo la represión brutal de los que se oponen, y la supresión de todas las libertades consideradas peligrosas por los que detentan el poder. El país entraría en la vía de los juicios políticos, de las relegaciones, de las injusticias flagrantes, de la supresión de toda prensa libre, de toda posibilidad de defenderse, de las sospechas, de las calumnias y por último del paredón.

Queremos terminar haciendo un llamado a todos los chilenos, para contribuir a perfeccionar nuestra convivencia democrática. Pedimos a los políticos que, superando ambiciones partidistas e intereses personales, busquen ante todo el bien del pueblo, especialmente de los sectores menos favorecidos y se esfuercen por prestigiar la función parlamentaria. Llamamos a las organizaciones sociales y gremiales a trabajar, insistiendo más en lo que las une que en lo que las separa, y en la defensa de sus conquistas y libertades. Esperamos que nuestras Fuerzas Armadas, conscientes y responsables de la misión que la nación les ha confiado, encontrarán la forma más adecuada de integrarse a las grandes tareas nacionales, respetando la voluntad del pueblo chileno y su espíritu de libertad, y ayudándolo con su patriotismo y sentido de disciplina a perfeccionar y a proteger su convivencia democrática. Asimismo solicitamos a los políticos para que en la campaña electoral que se aproxima mantengan la paz, el respeto por las ideas y las personas, procurando que esta lucha electoral sea un ejemplo más de verdadera democracia, de lección cívica sin que divida a la comunidad chilena en sectores irreconciliables. Y por fin pedimos a todos los ciudadanos avivar el espíritu de solidaridad nacional, superando sus egoísmos, aceptando los sacrificios necesarios para el bien común, y dando, como lo hemos hecho tantas veces en la historia, el ejemplo de un pueblo sobrio, trabajador y pacífico, entusiasmado en la construcción de una patria próspera, justa y fraternal.

Diciembre 12 de 1969.

El Comité Permanente del Episcopado de Chile

José Manuel Santos A.
Obispo de Valdivia
Presidente de la Conferencia
Episcopal de Chile.

Bernardino Piñera C.
Obispo de Temuco
Secretario.

Alberto Rencoret Donoso
Arzobispo de Puerto Montt

Francisco de B. Valenzuela R.
Arzobispo de Antofagasta

Carlos González C.
Obispo de Talca.
Vicepresidente

Raúl Cardenal Silva H.
Arzobispo de Santiago

Juan Francisco Fresno L.
Arzobispo de La Serena

Manuel Sánchez B.
Arzobispo de Concepción.